

El cambio de los sistemas de partidos en el siglo XXI

The Party Systems Change in the 21st. Century

Manuel Sánchez de Dios*

Resumen

En este trabajo se revisan los criterios de análisis e indicadores que explican los cambios en los sistemas de partidos. Se examinan la teoría del declive de los partidos, la cuestión de la identidad partidista y la pervivencia de los *cleavages* tradicionales, la sustitución de los partidos *catch-all* por partidos cartel, el realineamiento de los votantes, la creación de nuevos partidos y la influencia de los movimientos sociales. Se tienen en cuenta los indicadores de participación, volatilidad electoral, fragmentación y polarización ideológica. Estos criterios e indicadores se valoran en relación con los sistemas de partidos de las democracias de Europa occidental en las cinco últimas décadas.

Palabras clave: partidos políticos, *cleavages*, partidos cartel, desalineamiento, fragmentación, polarización ideológica, partidos europeos.

Artículo recibido el 30 de marzo de 2017 y aceptado para su publicación el 11 de octubre de 2017. La **dictaminación** de este trabajo fue realizada por evaluadores externos al Instituto Electoral del Estado de México.

■ pp. 97-132

* Doctor en Ciencia Política por la Universidad Complutense de Madrid (ucm). Es coordinador del Máster Universitario en Análisis Político de la ucm. Sus líneas de investigación son política comparada, estudios parlamentarios, teoría de partidos políticos y estudio comparado del Estado de bienestar. Correo electrónico: msanchez@cps.ucm.es

Abstract

This paper reviews the analysis criteria and indicators that explain changes in party systems. The theory of parties decline, the question around party identity and the persistence of traditional cleavages, the replacement of catch-all parties by cartel parties, voters' realignment, the creation of new parties and the influence of social movements are examined. Participation, electoral unsteadiness, fragmentation and ideological polarization indicators are considered. These criteria and indicators are evaluated vis-à-vis party systems in Western Europe's democracies during the last five decades.

Key words: political parties, cleavages, cartel party, realignment, fragmentation, polarization, European parties.

Introducción

Este trabajo es un estudio del cambio de los sistemas de partidos, fenómeno muy extendido en las democracias actuales, particularmente las europeas. Partimos de la idea de que los sistemas de partidos están cambiando y las razones para sostener esta afirmación son varias. En primer lugar, la literatura sobre partidos viene señalando que desde la década de 1960 están apareciendo nuevos partidos (Gallagher, Laver y Mair, 1995; Mair, 1998). Por otro lado, en el siglo XXI han aparecido nuevos partidos con bastante fuerza y apoyo electoral, como el Movimiento de las Cinco Estrellas en Italia, el Partido de la Independencia del Reino Unido (UKIP, por sus siglas en inglés) en Reino Unido, Alternativa para Alemania en Alemania o Podemos en España. Por todo ello, parece que en el siglo XXI la estabilidad de los sistemas de partidos es algo del pasado (Mair, Muller y Plasser, 2004, p. 8).

La inestabilidad de los sistemas de partidos puede deberse a muchas causas, como la crisis de los partidos tradicionales por la aparición de nuevas *issues* o cuestiones políticas que no son atendidas por esos partidos, lo que en consecuencia lleva a los ciudadanos a apostar por nuevos partidos. También pueden deberse a problemas organizativos partidistas, por crisis de liderazgo, crisis de legitimidad de la clase política, dificultades para

adaptarse a las nuevas condiciones tecnológicas de los medios de comunicación en la competición partidista, o falta de adaptación a los movimientos sociales. En todo caso, la inestabilidad del sistema de partidos, si es consecuencia de un elevado fraccionalismo, dificulta la gobernabilidad de los países, llegando a afectar la dinámica democrática.

Como resultado de todo ello, nos hacemos la pregunta de ¿qué explica los cambios en los sistemas de partidos de las democracias actuales? Para responderla realizamos un repaso de la literatura con el objeto de identificar los análisis que se han ido realizando respecto de la aparición de nuevos partidos y con relación a los cambios que se están produciendo en los sistemas de partidos de nuestras democracias. De forma complementaria tratamos de identificar los indicadores que permiten estudiar los cambios en los sistemas de partidos, como el nivel de militancia en los partidos, la participación en las elecciones, la volatilidad electoral o el cambio del sentido del voto, la variación en el número efectivo de partidos y la polarización de los partidos. En definitiva, el objeto del estudio es sistematizar las causas de los cambios.

En este trabajo adoptamos principalmente la perspectiva del comparativismo clásico, que se centra en analizar el formato de los sistemas de partidos. Ésta ha sido desarrollada por Duverger, Blondel o Sartori, quienes diferencian entre bipartidismo, multipartidismo moderado, multipartidismo polarizado, etcétera. Partimos de la premisa de que, como ha señalado Mair (2011, p. 66), el cambio del número de partidos y, más en concreto, la fragmentación y la polarización de los sistemas pueden llevar con el paso del tiempo a un cambio de formato y a determinar la manera en que interaccionan los partidos. También recurrimos a los conceptos del análisis racionalista para dar cuenta de las funciones, la organización y la ideología de los partidos.

Aunque el trabajo es principalmente un estudio de tipo teórico para identificar las principales cuestiones en el análisis del cambio de los sistemas de partidos, también consideraremos algunos datos cuantitativos referentes a 16 democracias de Europa occidental (Alemania, Austria, Bélgica, Dinamarca, España, Finlandia, Francia, Grecia, Holanda, Irlanda, Italia, Noruega, Portugal, Reino Unido, Suecia y Suiza) en las cinco últimas déca-

das, pero no estudiamos casos concretos. Tomamos los datos de las elecciones de cada cambio de década y los más recientes de la última. Los datos de España, Grecia y Portugal quedan excluidos de la década de 1970 porque no tenían aún un sistema democrático.

La idea del cambio de los sistemas de partidos

Señala Mella (2012, p. 195) que, cuando se toman como referencia las variables que afectan a los partidos y a los sistemas de partidos, es indudable que la mayoría de los sistemas de partidos están en cambio permanente. Esto es así al considerar el número de partidos, su relación con las divisiones sociales, el grado de polarización e institucionalización, la formación de coaliciones y la estabilidad gubernamental, los alineamientos electorales, las ideologías, la organización y las dinámicas internas, las pautas de competencia, los porcentajes de voto o los índices de volatilidad electoral. Ello es consecuencia de que los partidos tienen que adaptarse a las circunstancias cambiantes para no desaparecer.

Las transformaciones de los sistemas de partidos responden tanto a factores endógenos como exógenos de los partidos. Así, por un lado, están los asuntos que afectan a la identidad de cada partido, que es un aspecto interno. Los partidos son grupos con objetivos simbólicos y materiales por los que luchan sus militantes, y mediante los que se definen los intereses del grupo y la manera en que han de ser conseguidos, ordenando las prioridades políticas.

Por otro lado, están los aspectos del ámbito externo de los partidos, mediante los que se establecen el contraste y la diferencia entre los partidos de un sistema. Esta diferenciación es la base de la dinámica del sistema de partidos y de la competición partidista. En este sentido, los sistemas de partidos pueden tener o desarrollar un carácter homogéneo, si se desenvuelven en una sociedad con una cultura consensual sólida, con fuertes tendencias centristas. Esto es lo que generalmente ocurre en sistemas bipartidistas o con multipartidismo moderado. O pueden tener un carácter más heterogéneo si, por el contrario, se desarrollan en una sociedad con alto nivel de conflicto

y fragmentación y grandes dificultades de alcanzar el consenso, dándose tendencias centrífugas. Éste es el caso de los sistemas con multipartidismo polarizado. El paso de un tipo al otro es consecuencia de cambios sociales profundos y tiene consecuencias trascendentes para la gobernabilidad del sistema político, ya que la elevada fragmentación junto a la polarización la dificultan mucho.

¿Cómo reconocemos el cambio de un sistema de partidos concreto? De acuerdo con Mair (2011) este análisis requiere atender la *esencia* del sistema de partidos particular, es decir, la forma en que los partidos interactúan y compiten en un país específico. La clave del estudio debe ser en este caso la identificación de la manera en que se compite por el poder gubernamental, por el control del Ejecutivo. Desde esta perspectiva, el cambio de sistema supone que se da una modificación de la estructura de competición partidista prevalente, es decir, que el sistema preexistente ha quebrado y ha sido sustituido por uno nuevo, que además tiene persistencia en el tiempo. En definitiva, un análisis de estas características se ha de traducir en observar si el cambio en el sistema de partidos ha supuesto una modificación del modelo de alternancia y en el acceso al gobierno de un partido o coalición nuevos.

La crisis de los partidos

Una perspectiva dominante en la explicación del actual cambio de los sistemas de partidos es la tesis del *declive de los partidos* (Montero y Gunther, 2007, p. 18). Esta tesis se basa en la idea de que los partidos llevan a cabo sus funciones electorales de una manera menos satisfactoria que antes, porque los partidos se han separado de su electorado y otros actores asumen las funciones que han venido desempeñando a lo largo del tiempo (Webb, 2002a, p. 2). Los partidos dejan de servir de mediadores entre los ciudadanos y el gobierno y tienen dificultades para atraer nuevos militantes y ofrecer señales relevantes a los electores. Tal crisis se pone de manifiesto en la baja militancia en los partidos, en la baja identificación partidista, en el aumento de la volatilidad electoral o en el aumento de la abstención cuan-

do los ciudadanos no son capaces de elegir (Mair, Muller y Plasser, 2004, p. 8). Otros efectos de dicha crisis son la fragmentación de los sistemas de partidos y el descrédito de la *clase política*. Debido a esta crisis parece que los partidos deben ser reemplazados por otro tipo de estructuras más adecuadas a la realidad socioeconómica y tecnológica del siglo XXI, como pudieran ser los movimientos sociales, las *redes sociales* basadas en la interacción a través de Internet, grupos de interés organizados, etcétera.

Desde nuestro punto de vista, la hipótesis del declive de los partidos sirve sobre todo para identificar los problemas que acosan actualmente a los partidos y que explican las transformaciones de los sistemas de partidos, por ejemplo, su creciente fragmentación, pero no parece que tales problemas afecten realmente a la supervivencia de los partidos, según veremos más abajo. Frente a esta visión catastrofista cabe señalar que, a pesar de la imagen negativa que tradicionalmente han tenido los partidos desde su nacimiento, tanto los ciudadanos, como los comentaristas académicos e incluso sus principales críticos los han considerado necesarios para la democracia (Bardi, Bartolini y Trechsel, 2014, p. 152). Como apuntó García-Pelayo (1986) hace años, las democracias actuales tienen un *Estado de partidos*, es decir, los partidos son actores clave en el proceso político, en la fijación de las preferencias de los ciudadanos y en la toma de decisiones. Los partidos tienen unos cometidos muy precisos: son necesarios para intermediar entre los órganos de gobierno y los ciudadanos, reducen los costes de transacción en la negociación política y resuelven los problemas de acción colectiva (Sánchez de Dios, 2012, p. 81). En definitiva, la democracia se basa en la competición de los partidos y éstos siguen siendo los actores más importantes de las democracias, necesarios para gobernar los sistemas democráticos (Montero y Gunther, 2007, p. 22; Webb, 2002b, p. 450; Aldrich, 2012, p. 105).

Ahora bien, siendo cierto que los partidos son absolutamente funcionales para los sistemas democráticos, también es cierto que deben adaptarse a las transformaciones sociales y permitir que se manejen pacíficamente los conflictos sociales. Los partidos deben promover propuestas que satisfagan las demandas sociales; por ello, si éstas cambian, también lo han de hacer los partidos. El cambio social debe llevar a las transformaciones de los partidos. Los cambios de los partidos, según Mair, Muller y Plasser (2004,

p. 265), se deben en la práctica a modificaciones que van más allá de la relación entre partidos y votantes. Básicamente a variaciones en la estructura social, en la cultura política y en las técnicas de comunicación política.

La identidad partidista y los *cleavages* tradicionales

El llamado *declive* (en realidad cambio) de los partidos se debe en buena medida a la pérdida de importancia de los *cleavages* tradicionales por las modificaciones que se han producido en la estructura social, en la que se ha reducido el peso de los trabajadores manuales, los agricultores, etcétera. Así, el desarrollo de las clases medias y la expansión de los trabajadores de *cuero blanco* ha desactivado en parte el voto de clase (Wren y McElwain, 2007, p. 562). Por otro lado, la modernización de las sociedades ha llevado a un cambio en los estilos de vida con respecto a las creencias religiosas y en relación con las diferencias entre el medio rural y el urbano. Concretamente, las tendencias secularizadoras han reducido el peso del voto religioso.

Pero, si es cierto que ha habido profundas modificaciones en la estructura social de las democracias actuales, también lo es la persistencia de los *cleavages* tradicionales, en particular en Europa a lo largo de los siglos xx y xxi y con ello la (así llamada) *congelación* de la estructura de los sistemas de partidos europeos desde los años 20 del siglo pasado, identificada por Lipset y Rokkan (1967, p. 50). Hay diversas razones que explican tal persistencia. Primero, la realidad de la división social, que a pesar de todo se mantiene, y la existencia de grupos que retienen la identidad; segundo, porque sigue existiendo una fuerte movilización en torno a tales *cleavages*; en tercer lugar, por la existencia de sistemas electorales proporcionales que operan en la mayoría de los países y permiten el mantenimiento de la vigencia de *cleavages* menores; finalmente, por la acción de los propios partidos que tratan de *encapsular* a sus electores (Gallagher, Laver y Mair, 1995, p. 215).

Aunque los *cleavages* tradicionales siguen teniendo peso, actualmente cada vez menos gente se integra en estructuras estables y condicionantes de clase o religiosas, por lo que la pérdida de cohesión de los grupos sociales como sindicatos o iglesias ha hecho que muchos ciudadanos, especialmente

de las nuevas generaciones, dejen de votar a los partidos tradicionales. Dicho de otra forma, lo que realmente ocurre es que los partidos tradicionales no pueden seguir contando con sus votantes de siempre.

Los cambios sociales del siglo xx también han afectado la identificación partidista de los votantes en el sentido más cultural (Miller y Niemi, 2002, p. 175). Así los niveles elevados de educación y el acceso a una mayor información política han llevado a un proceso de *movilización cognitiva*, por el cual los ciudadanos se creen más capaces de tomar decisiones sin ligarse a vínculos tradicionales. En consecuencia, se ha producido un declive de la identificación partidista y, subsiguientemente, un aumento del número de votantes libres o disponibles, lo que se refleja en la volatilidad electoral y son el caldo de cultivo para la creación de nuevos partidos. Esto está conectado al desarrollo de la llamada *democracia de audiencia*, distinta de la democracia de *cleavages* y de la democracia de competición basada en las ideologías e *issues*. En ella el votante toma sus decisiones mediante la evaluación de la competencia y ejecutoria de los gobernantes; su voto es de tipo instrumental y de carácter retrospectivo (Thomassen y Van Ham, 2014, p. 405).

El debilitamiento de las lealtades hacia los partidos tradicionales tiene que ver también con las nuevas formas de movilización electoral. Es en este ámbito en el que se analiza la presión que ejercen los nuevos movimientos sociales y los medios de comunicación de masas (prensa, radio, televisión e Internet) que han facilitado la aparición de nuevos competidores. La difícil relación entre partidos y los movimientos sociales recientes se fundamenta en la existencia de dificultades que tienen los partidos tradicionales para adaptarse a las demandas políticas actuales y a la aparición de nuevas *issues* o cuestiones políticas; aunque, como veremos más abajo, los nuevos movimientos sociales tienden a transformarse en partidos al entrar en la arena electoral e institucional. Por otra parte, los medios de comunicación, en particular las redes sociales, han facilitado una mayor interacción directa entre los políticos y los ciudadanos, lo que reduce el papel mediador de los partidos. A pesar de esto, los partidos siguen siendo una plataforma que permite el reconocimiento de la *marca* identitaria para los políticos y facilitan los medios materiales organizativos para configurar, conectar con y enviar los mensajes a los distintos grupos y segmentos de electores.

La aparición de nuevas *issues* y la despoltización de los lineamientos tradicionales que tiene que ver con nuevas demandas sociales, que utilizan y explotan de manera estratégica los llamados partidos *nicho* (Meguid, 2005, 2008), son factores que inciden directamente en la crisis de los viejos partidos. Inglehart (1987) ha puesto de relieve cómo las sociedades occidentales han vivido un proceso de cambio de valores desde la década de 1970, consecuencia de la seguridad económica en que vive la población. Ésta ha empezado a preocuparse por otras cuestiones diferentes a las puramente materiales y ahora se interesa por la ecología, la cuestión nuclear, los derechos de las mujeres, la calidad de la vida o la democracia participativa. El desarrollo de la llamada cultura posmaterialista ha introducido, así, nuevas cuestiones en la competición partidista que en muchos casos son promovidas por nuevos partidos (o movimientos sociales) y atraen el voto de grupos como los jóvenes, las clases medias o los que tienen formación universitaria que están débilmente vinculados a los *cleavages* tradicionales.

Para completar este análisis podemos tomar como referencia la evolución de los partidos europeos. En la figura 1 podemos ver en términos estadísticos las transformaciones que han sufrido las familias de partidos en Europa a lo largo de cinco décadas. Para hacer los cálculos y obtener los resultados se ha tenido en cuenta el porcentaje de apoyo electoral que, en promedio, llegan a alcanzar los partidos en los países en que éstos aparecen con representación parlamentaria.

Lo primero que cabe destacar de estos datos es el peso y la permanencia en el tiempo de dos fuerzas políticas: una es la de los partidos conservadores y demócrata-cristianos, que conjuntamente obtienen 31 %¹ del voto en las últimas elecciones; la otra la forman los partidos socialistas o socialdemócratas, que obtienen 27% del voto en las mismas fechas. Esta información viene a constatar que, efectivamente, hay un nivel importante de *congelación* de los *cleavages* tradicionales en Europa y, por ello, un alto nivel de institu-

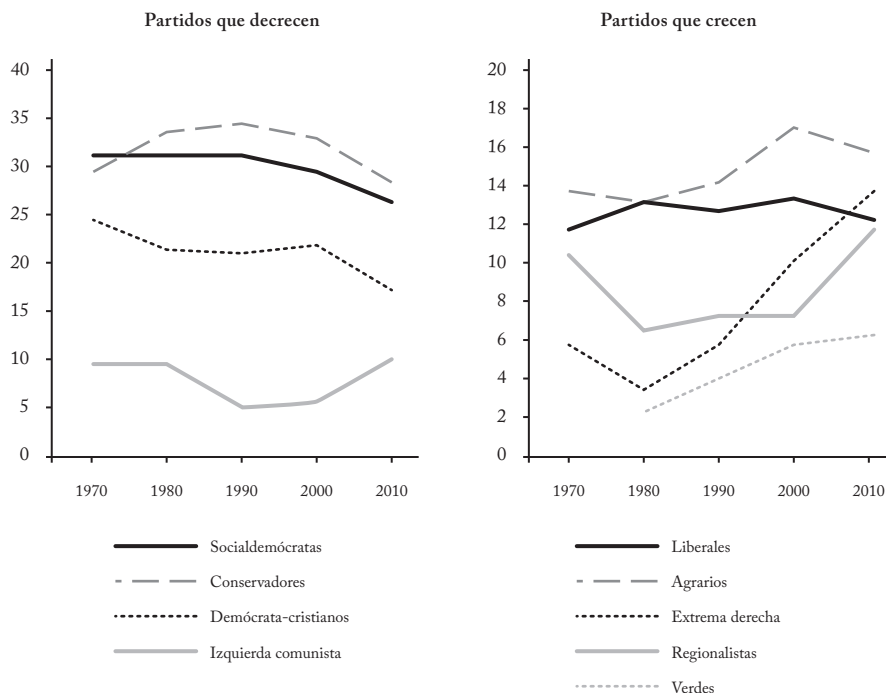
¹ La diferencia entre los datos de la suma y las curvas de los cuadros, conservadores 27.7% y demócrata-cristianos 17.4%, estriba en que ni unos ni otros se presentan en todos los países y, donde se presentan, los conservadores obtienen mejores resultados que la democracia cristiana. Cuando se hace la suma de los porcentajes de cada partido y se halla la media, resulta 31%. Este dato no coincide, y no tiene que hacerlo, con los de la figura 1, pues la lógica de promediar de forma separada o de manera conjunta los elementos es distinta, como ya se explicó.

cionalización de los sistemas de partidos, ya que estas fuerzas siguen siendo la pieza clave de la gobernabilidad.

En segundo lugar, los datos también dan cuenta de la emergencia de partidos ecologistas o verdes a partir de la década de 1980. En este caso se constata que aproximadamente 6% del electorado ha llevado a cabo una reorientación de su foco de interés hacia nuevas cuestiones conectadas con la cultura posmaterialista. También se comprueba el proceso de transformación de movimientos sociales en partidos que se está produciendo en algunas sociedades europeas.

En tercer lugar, se puede observar que la pérdida de fuerza de los partidos socialistas, conservadores, demócrata-cristianos y comunistas a lo largo del tiempo revierte en un fortalecimiento de los partidos *nicho* de la extrema derecha, regionalistas y ecologistas a partir del cambio de siglo. Los partidos de extrema derecha han crecido con fuerza, pues han pasado de tener 3.6% del voto en las elecciones en torno a 1980, a obtener 14% del voto en las elecciones más recientes; además, estos partidos han crecido en implantación, pues consiguen representación en 11 de los 16 países en el periodo posterior a 2011, mientras que en los años 80 sólo tenían representación electoral relevante en cinco países. El grupo de partidos comunistas, más los de extrema izquierda o de nueva izquierda, han tenido un proceso de pérdida de apoyo electoral a lo largo del tiempo; sin embargo, en la última etapa han recuperado apoyo electoral, en particular en los países que han sufrido más los efectos de la crisis económica: Irlanda, España, Grecia y Portugal.

Figura 1. Evolución electoral de los partidos europeos (en % de votos)



Fuente: Elaboración propia con base en Webb, Farrel y Holliday (2002).

La sustitución del partido atrapa-todo (*catch-all*) por el partido cartel

Otro aspecto que puede explicar los cambios de los sistemas de partidos es la crisis en la que se encuentra el modelo dominante en la posguerra de los partidos *atrapa-todo* o *catch-all* (Wolinetz, 1991). Según Aldrich (2012, p. 332) en el último tercio del siglo xx los partidos de masas para la movilización del electorado han pasado a ser partidos al servicio de los candidatos. También Phule (2007, p. 87) señala que los partidos del siglo XXI han dejado de lado ese modelo y están cerca de convertirse en agencias profesionales y

redes de intermediación política débilmente cohesionadas. Este cambio viene representado por el desarrollo de lo que Katz y Mair (2007, p. 109) han denominado el *partido cartel*, que son partidos que se apoyan en un grupo de dirigentes que compiten por el apoyo de los votantes. Son partidos controlados por los cargos y los dirigentes cuya razón de ser es la propia supervivencia de los partidos, convirtiendo a éstos en agencias estatales que dependen de la financiación pública. Las causas de la transformación de los partidos *catch-all* son múltiples, entre ellas las limitaciones que imponen las condiciones de la globalización a la libertad de acción de los partidos, la reducción del conflicto y la competición entre los partidos, el alto coste de la competición electoral, los procesos de descentralización política, la flexibilidad en la toma de decisiones por incorporación de actores sociales, la profesionalización de los políticos y el liderazgo mediático. Estos cambios, además, refuerzan la tendencia a la bipolarización de bloques en los sistemas de partidos, y también facilita la renovación de partidos en cada bloque (Mair, 2011, p. 71).

Aunque no todos los partidos actuales pueden ser tipificados como partidos cartel (Koole, 1996), el cambio hacia este tipo de partido ha acentuado la desaparición de los partidos apoyados en la militancia (partidos de afiliados), ya que los partidos han dejado de ser una fuerza de movilización social. De hecho, la principal función que tuvieron los partidos *catch-all* a lo largo del siglo xx ha sido la de servir como instrumento de integración o encapsulamiento de grupos sociales en el proceso político, como gestor de las campañas electorales y como legitimador de los gobernantes, más que como instrumentos adecuados de representación (Safran, 2009, p. 549).

Por ello, un aspecto importante que tiene que ver con los cambios en los partidos es el relativo al rol asignado a la militancia, que ha ido quedando marginada en la organización de los partidos. Entre los factores que explican la reducción de la militancia está el hecho de que los partidos cartel actuales han comenzado a reclamar el apoyo del electorado en su conjunto más que el apoyo de determinados grupos sociales. Es por esto que sus estrategias se orientan más hacia la persuasión electoral que hacia la movilización partidista, algo para lo que sería necesaria la militancia (Van Biezen y Poguntke, 2014, p. 205). Además, los partidos están crecientemente centralizados, orientados desde la dirección más que desde la militancia.

También las relaciones con los grupos sociales colaterales, como sindicatos e iglesias, se han debilitado y están menos regularizadas, lo que es debido a las transformaciones, aludidas más arriba, de la estructura social de posguerra, donde ha habido un incremento de la movilidad social ascendente producida por la innovación y la modernización tecnológicas, lo que ha reducido significativamente a la clase trabajadora debilitando la identidad de clase; asimismo la secularización ha producido la erosión de la vinculación religiosa. En suma, todos estos cambios en la militancia son resultado de un proceso de adaptación ideológica y organizativa.

Tomando de nuevo como referencia los partidos europeos se puede señalar cómo diversos estudios ponen de manifiesto que la militancia en los partidos se ha venido reduciendo con el tiempo porque los partidos tienen dificultades para integrar nuevos miembros. Si el número de electores que militaban en un partido estaba en 15 % en la década de 1960, en la década de 1980 ha pasado a 10 % y con el cambio de siglo ronda el 5 % (Van Biezen y Poguntke, 2014, p. 206). Estos autores han comprobado que el declive de la militancia en las últimas tres décadas ha sido mayor en los países que tenían un alto nivel de militancia como Austria y Noruega (han perdido más de 10 %) que en países como Alemania y Holanda donde el nivel de militancia tradicionalmente ha sido más modesto. La creación de nuevos partidos y la reconfiguración de los antiguos no han detenido la tendencia descendente.

Respecto de la militancia en cada familia de partidos, Poguntke *et al.* (2016, p. 668) han encontrado que en torno a 2011–2013 los partidos conservadores y demócrata-cristianos son los que tienen un mayor número de militantes con 0.91 % del electorado, seguidos por los socialdemócratas con 0.75 %, la extrema derecha con 0.36 %, los liberales con 0.35 %, la izquierda socialista con 0.28 % y los verdes con 0.11 %.

El desalineamiento y el realineamiento de los votantes

El cambio de los sistemas de partidos en las democracias occidentales que comenzó en la década de los 60 se ha venido analizando como un proceso de *desalineamiento* o independencia creciente de los votantes respecto de los

partidos tradicionales, aunque la identificación partidista sigue siendo un factor relevante a considerar por la citada congelación de los *cleavages*. Esto se manifiesta en el elevado abstencionismo que, por ejemplo, se produce en las elecciones de Estados Unidos de América y expresa una desilusión general con la política a la que se ve como un sistema al servicio de una élite (o clase política). La tesis del realineamiento, es decir, el cambio de apoyo de uno a otro partido, se ha venido utilizando como criterio para explicar el cambio de los partidos (Crotty, 2011, p. 501; Meguid, 2008, p. 4).

El alineamiento estable de un sistema de partidos implica un periodo electoral caracterizado por la continuidad de las coaliciones y el equilibrio partidista correspondiente. Es decir, el apoyo a los partidos existentes permanece inalterado durante largo tiempo. También implica una afinidad psicológica o identificación de los votantes con las propuestas ideológicas de los partidos que representan *cleavages* específicos. Conlleva una estructuración programática del sistema de partidos, donde se definen claramente las alternativas y hay correspondencia entre las posiciones de los dirigentes de los partidos y los electores. Un alineamiento estable supone, en definitiva, que la mayor parte de los votantes escoge uno de los partidos existentes y que la volatilidad electoral es baja. Además, no aparecen nuevos partidos. Aunque algunos cambien de voto, la mayoría apoya a los partidos existentes (Carreras, Morgenstern y Su, 2015, p. 672).

Un periodo de desalineamiento surge cuando se disuelve la vinculación y la lealtad de los electores con los partidos existentes. La mejor señal es la pérdida de identificación de los electores con los partidos y el incremento de los independientes. Éste puede ser el resultado de la politización de nuevas *issues*, también por la pobre ejecutoria de los partidos de gobierno o de la existencia de los altos niveles de corrupción de los políticos. Un indicador del desalineamiento es la elevada volatilidad electoral, otro es la aparición de nuevos partidos mal organizados. La baja participación electoral también es un indicador de ello, aunque éste tiene una relevancia relativa porque puede haber líderes carismáticos que consigan el voto de los desafectos a los partidos establecidos, por lo que el nivel de participación se puede mantener alto con desalineamiento (Carreras, Morgenstern y Su, 2015, p. 673).

Los realineamientos requieren que haya un cambio que perdure. Implican una redistribución del apoyo a los partidos. Suponen una redefinición de los *cleavages* políticos y se pueden deber a la aparición de una nueva *issue* que no es atendida por los partidos existentes. El cambio de los partidos puede ser debido a un realineamiento secular o a uno crítico. El primero supone un proceso gradual a lo largo de varias elecciones, el segundo supone un cambio en periodos cortos que modifica el mapa de los partidos de manera permanente. Los cambios más frecuentes son los de tipo secular, aunque también son los más difíciles de identificar. Para que un realineamiento se pueda denominar de tipo crítico, hay que constatar su persistencia a lo largo de varias elecciones. El realineamiento implica una fase inicial de volatilidad electoral y otra posterior de reducción de la misma, es decir, supone que el nuevo sistema de partidos no pierde el apoyo y hay un nivel de participación estable (Carreras, Morgenstern y Su, 2015, p. 674).

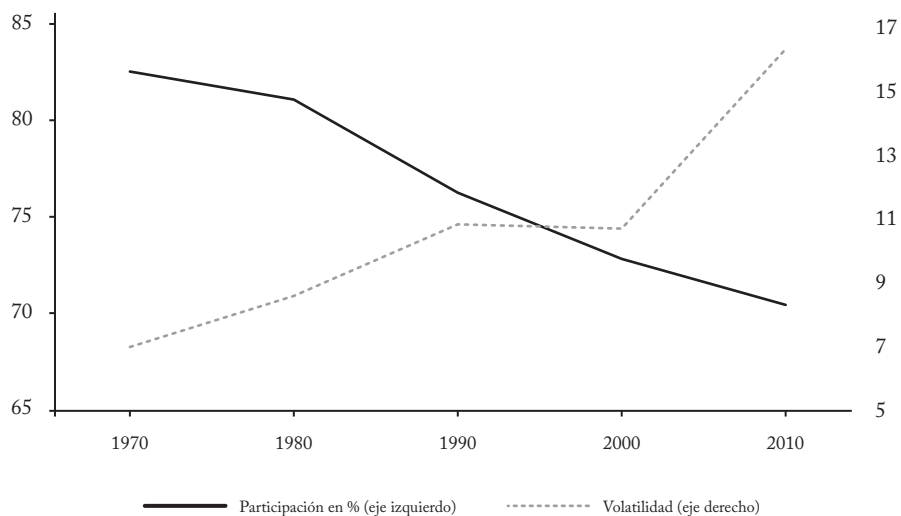
Tomando de nuevo el ejemplo de los sistemas de partidos europeos, en la figura 2 se pueden ver las curvas de participación y volatilidad electorales a lo largo de cinco décadas. En ambos casos se tiene en cuenta la media para los 16 países considerados en este trabajo en las elecciones que nos sirven de referencia. De los datos se obtiene que ha habido una progresiva reducción de la participación electoral (eje izquierdo) en el conjunto de los países con una caída de 12 puntos, pasando de 82 a 70% de las elecciones de 1970 a las más recientes.

La caída de la participación, o lo que es lo mismo el aumento del abstencionismo, es una manifestación del desinterés por la política, incluso del descrédito de la política o de pérdida de legitimidad (Keman, 2014, p. 313), también del hecho de que en las elecciones no se decidan cuestiones muy trascendentes (Franklin, 2002, p. 164) y puede vincularse, por tanto, a un proceso de desalineamiento. Éste es el principal argumento para defender la hipótesis del declive o crisis de los partidos, debido a que los ciudadanos no son capaces de elegir entre las ofertas electorales porque falta la diferenciación ideológica (Webb, 2002b, p. 441).

En la figura número 2 también se introducen datos de la volatilidad electoral ponderada o cambio en el comportamiento entre elecciones (eje de la derecha), medida a través del índice de Pedersen que sigue la fórmula

$VT = (a1 - a2) + (b1 - b2) + (n1 - n2) / 2$, siendo $a1$ el porcentaje de votos del partido a en las últimas elecciones y $a2$ el de las elecciones previas. Ésta tiene en cuenta los cambios de apoyo electoral de cada partido en cada una de las elecciones consideradas. Como se puede ver, la volatilidad referida al conjunto de los 16 países ha tenido un proceso de incremento a lo largo de estas décadas, pasando de 7% en 1970 a 16% en la década de 2010.

Esta volatilidad electoral expresa el cambio de los sistemas de partidos en los términos generales en que los venimos analizando, es decir, la desafección por los partidos tradicionales de una buena parte del electorado. El crecimiento de la volatilidad también refleja el desarrollo de los partidos cartel y se debe a una expansión del voto libre que produce en la ciudadanía la pérdida de los lineamientos partidistas tradicionales. En algunos casos también es el reflejo de la aparición de nuevos partidos *nicho* sobre la base de nuevas *issues* (que pueden ser una reconversión de antiguas), como ya ha sido apuntado en diferentes ocasiones (Miller y Niemi, 2002, p. 178). Esto último queda especialmente reflejado en el hecho del llamativo crecimiento de la volatilidad en los países del sur de Europa, donde nuevas fuerzas políticas vinculadas a movimientos de protesta han adquirido en este último periodo gran apoyo electoral (Syriza en Grecia, Movimiento de las Cinco Estrellas en Italia, Podemos en España).

Figura 2. Participación y volatilidad electoral en Europa

Fuente: Elaboración propia con base en Webb, Farrel y Holliday (2002).

La conjunción de la caída de la participación con el incremento de la volatilidad pone de manifiesto claramente un declive de los partidos tradicionales. Lo que implica que, para mantenerse como partidos de gobierno y aproximarse a un electorado más exigente, los partidos tradicionales deben llevar a cabo cambios programáticos en relación con las nuevas *issues* y adquirir mayor flexibilidad organizativa de acuerdo con las nuevas tendencias apuntadas.

El proceso de realineamiento se debe considerar en cada caso concreto e implica que con el tiempo se configura un nuevo sistema de partidos que cambia la forma de la competición partidista y, además, modifica el proceso de alternancia en el poder con la llegada de nuevos partidos al gobierno. Ahora bien, también podemos identificar un proceso de realineamiento general en el caso europeo entre las familias de partidos según veíamos en la figura 1. En la misma se observa una reorganización de los bloques de izquierda y derecha. En la izquierda la crisis de los socialistas revierte en

el desarrollo de los verdes, comunistas y la nueva izquierda, que conllevan nuevos lineamientos de los votantes. Se puede decir que hay un realineamiento en la izquierda, por la crisis que está pasando la socialdemocracia, y por el reforzamiento reciente de la extrema izquierda y verdes. Lo mismo ocurre entre conservadores/demócrata-cristianos, liberales y extrema derecha. Este bloque tiene un realineamiento significativo por el progresivo reforzamiento de los grupos liberales (partido liberal y partidos agrarios) y de la extrema derecha a lo largo de estos decenios.

Los cambios en los partidos y los nuevos partidos

Hay que diferenciar entre el cambio de sistema de partidos y el cambio en los partidos, que generalmente es un cambio interno o endógeno. Los partidos pueden cambiar, pero ello no conlleva un cambio del sistema, por ejemplo, puede cambiar el grupo dirigente o el programa. Las razones del cambio en los partidos pueden ser sociales, organizacionales o institucionales. Como hemos apuntado más arriba, actualmente las estrategias de los partidos de masas ya no son viables y los partidos se enfrentan a los retos del desapego popular a la política convencional y el apoyo al populismo que tiende a desmontar los sistemas de partidos (Mair, Muller y Plasser, 2004, p. 264; Kriesi, 2014, p. 367). La respuesta de los partidos a estos problemas es muy variada, por ejemplo, el abandono de los nombres que se asocian a una mala gestión, incluso de la palabra *partido*. También se producen cambios en la organización, como nuevos métodos de selección de los candidatos, una mayor centralización o, en otros casos, se buscan expertos en comunicación. Actualmente, los partidos se orientan hacia los electores, buscando nuevos grupos de votantes, para ello incluso redefinen sus tradiciones y sus coaliciones, con el objetivo de introducir la novedad, de parecer nuevos. También llevan a cabo cambios en los programas, por ejemplo, incorporando cuestiones planteadas por los movimientos sociales, y producen modificaciones institucionales como las de las leyes electorales (ejemplo paradigmático de esto último es la reforma de la ley electoral italiana en 1993).

Los *nuevos* partidos son generalmente producto de cambios en sus atributos, como el nombre, el líder o el programa, y también de su afiliación estructural, o resultado de divisiones internas, uniones a otros grupos y de formación de alianzas electorales. En ocasiones se produce un replanteamiento total del partido, en otras, que es la mayor parte de los casos, un cambio gradual de alguno de estos aspectos (Litton, 2015, p. 712). El reemplazo de líder es lo más frecuente en Europa. En Francia y en Italia, que son países con un alto nivel de cambio en los últimos decenios, es corriente la división de un partido o la formación de nuevos partidos mediante la integración de grupos preexistentes.

La aparición de nuevos partidos se ha explicado por el surgimiento de nuevas *issues*, que no son incorporadas en sus programas por los partidos existentes, y por el hecho de que los sistemas electorales proporcionales no los dificultan. En la teoría sobre partidos políticos tradicionalmente se ha considerado que los factores institucionales son los más determinantes en la aparición de nuevos partidos. Se suele dar gran importancia a las reglas impuestas por el sistema electoral, como la magnitud de los distritos electorales, la forma de presentación de las papeletas de votación, el porcentaje mínimo requerido para poder ingresar al parlamento o congreso, los procedimientos y coeficientes de adjudicación de escaños. Concretamente, se suele destacar el hecho de que los sistemas proporcionales no exigen altos costes de entrada de nuevos partidos en el sistema. Así, la aparición de nuevos partidos es particularmente visible en los países con sistemas electorales proporcionales, donde los acuerdos corporativos son reducidos o inexistentes y donde los resultados electorales de los partidos gobernantes son malos.

Lago y Martínez (2011, p. 7) han destacado la importancia del grado de institucionalización del sistema de partidos. La explicación es que, si los sistemas electorales no cambian, la aparición de nuevos partidos se debe explicar por los desajustes que se dan entre los programas de los partidos existentes y las preferencias de los ciudadanos o, también, por crisis ideológicas de los partidos establecidos. Concretamente estos autores sostienen que cuanto más elevado sea el grado de institucionalización, más difícil es la viabilidad o entrada de nuevos partidos en el sistema. Desde esta perspecti-

va, la institucionalización de un sistema de partidos se concreta en el grado de identificación y lealtad partidista de los votantes, así como en los fallos del mercado electoral en términos de la insatisfacción de los electores con los partidos existentes. Si la institucionalización es baja aumenta el abstencionismo o aparecen nuevos partidos, en muchos casos calificados como fuerzas antipartido o antisistema porque rechazan a los partidos existentes.

En la aparición de nuevos partidos en muchos casos juega el efecto *novedad*, que no se fundamenta necesariamente en el cambio social o de valores, ni siquiera de los *cleavages*. La novedad puede ser en sí misma un proyecto viable para un partido (Sikk, 2011, p. 481). Cuando siguen este criterio, los nuevos partidos pueden plantear un proceso de purificación y, aunque tengan dificultades para abrirse un espacio ideológico, su objetivo es, entonces, convencer al electorado de que son mejores que los viejos partidos, por ejemplo, en la capacitación e integridad de sus dirigentes. Los viejos partidos están obligados a adoptar nuevas *issues* y atender las nuevas demandas del electorado, porque en otro caso surgirán nuevos partidos para ello, pero también es cierto que el legado, la imagen de los líderes, las preferencias de los votantes, etcétera, pueden suponer una dificultad para su credibilidad. En este caso los dirigentes titulares, es decir, los que tienen el control y representan al partido, se convierten en el problema.

Como se apunta más arriba, el cambio en los partidos también se ha producido desde el ámbito estrictamente organizativo. Ha habido cambios en los recursos disponibles de los partidos, en particular por la mayor disposición de financiación pública, que llevan a los líderes a depender menos de los recursos que aporta la militancia. También se han dado modificaciones en la comunicación entre los dirigentes de los partidos y el electorado. El desarrollo de las nuevas tecnologías facilita el acceso de los líderes a los medios de comunicación, que pueden interpelar directamente al electorado. Ha habido modificaciones también en la manera de formular las políticas, por el uso del *marketing* y las encuestas de opinión, que dejan de lado las propuestas que vienen de la militancia (Bardi, Bartolini y Trechsel, 2014, p. 153).

En general, en Europa se observa una americanización partidista que afecta la forma organizativa y la manera de operar de los partidos. En éstos se devalúan las *policies* y se incrementa la personalización, es decir, se tiende

a dar más importancia a los sujetos encargados del liderazgo en los procesos electorales y de la actividad institucional de los partidos. En las campañas se pone un mayor énfasis en los candidatos y en la personalización, mientras que las organizaciones tienen un papel limitado. Se ha producido una mayor centralización y profesionalización de las campañas electorales. Con ello el liderazgo ha salido reforzado y, como señalábamos antes, el sector de los afiliados ha sido marginado, pues los votantes son más importantes. Los partidos son más flexibles y están más atentos a las demandas de los electores, dominando la perspectiva del corto plazo. Como consecuencia de estos cambios, la política está más profesionalizada y los partidos recurren a contratar servicios que antes realizaban voluntarios o *amateurs*. Los partidos tienen una mayor dependencia de los estrategas de campaña, de los consultores, de los expertos en los medios de comunicación y recurren cada vez más a agencias no políticas y a organizaciones intermedias en la actividad electoral y en el campo de la publicidad, es decir, utilizan empresas privadas que ofertan estos servicios específicos en el mercado. También recurren a expertos en políticas (profesionales y académicos), por lo que las organizaciones han perdido peso en la formación de los programas (Mair, Muller y Plasser, 2004, p. 267).

El resultado de todo ello es que la política se orienta más hacia la competición entre élites profesionalizadas y menos hacia la movilización e integración de distintos grupos. A medida que el proceso de adaptación al cambio avanza, se debilita el vínculo entre los partidos y la sociedad, cosa que se refleja, una vez más, en volatilidad electoral, el desalineamiento y la pérdida de identificación partidista con reducción de la militancia.

La influencia de los movimientos sociales

Uno de los aspectos que lleva a la transformación de los sistemas de partidos es el desarrollo de los movimientos sociales y su incorporación a la escena política. Los llamados nuevos movimientos sociales (para diferenciarlos de los viejos movimientos como los sindicatos) en realidad comenzaron su andadura en la década de 1970. Éstos son el ecologismo, el feminismo, con el cambio

de siglo apareció el movimiento de la *antiglobalización*, y, más recientemente, los ligados a la protesta de los indignados (Occupy Wall Street).

Los movimientos sociales tienen una caracterización particular en cuanto que grupos sociales. Politizan cuestiones genéricas como es la ecología, el feminismo, el indigenismo o la globalización económica. Sus miembros no tienen características homogéneas de clase, etnia, etcétera, y se unen por razones ideológicas. Éstos rehúyen del modelo burocrático de organización y actúan con repertorios de acción de protesta como manifestaciones, ocupación de lugares públicos, etcétera. No se relacionan con otros grupos para negociar o alcanzar compromisos. Porta y Diani (2011) destacan los siguientes rasgos de los movimientos sociales: por un lado, desarrollan una acción colectiva de tipo conflictivo, promoviendo u oponiéndose al cambio social; por otro lado, se apoyan en la construcción de redes informales densas que están al margen de una organización específica; finalmente, se configuran sobre una identidad colectiva diferenciada basada en un propósito común y con un compromiso compartido.

El ejemplo más palmario de movimiento social que opera en la escena política ha sido el del movimiento ecologista en las últimas décadas del siglo xx y comienzos del XXI. La diferencia entre movimientos y partidos es que los primeros están orientados a la protesta, mientras que los segundos participan en la competición electoral. También en que los movimientos se centran en objetivos simples, mientras que los partidos lo hacen en torno a objetivos colectivos complejos e interdependientes. Generalmente, la transformación de movimientos sociales en partidos, es decir, el proceso de incorporación de los movimientos en la actividad electoral e institucional, pasa por una situación intermedia de *partido-movimiento*. Según Kitschelt (2011, p. 278) ésta es una forma de transición en la que los líderes de los movimientos actúan como *emprendedores políticos*, para lo que invierten en una infraestructura organizativa de acción colectiva y en un programa de preferencias colectivas.

Los partidos-movimiento son en la práctica coaliciones de activistas que quieren trasladar la estrategia y la acción del movimiento a la arena de la competición electoral. Pero realmente invierten poco en la estructura organizativa (falta el aparato burocrático) y en resolver los problemas de elección

social, es decir, en desarrollar una estructura de agregación de intereses mediante un programa electoral. Es por esto por lo que se apoyan generalmente en un líder carismático o en sistemas de tipo asambleario, facilitados ambos por el uso de la TV y la construcción de redes telemáticas, las llamadas *redes sociales*. En el ámbito de la acción combinan la actividad institucional y la extrainstitucional (debaten leyes a la vez que se manifiestan en la calle). Las causas de que un movimiento social pase a ser partido-movimiento pueden ser diversas: una es que los activistas comprenden que sus propuestas requieren una acción general de reorganización social más que medidas concretas de reforma; otra es que los activistas tienen un claro conocimiento del apoyo que pueden recibir si saltan a la arena electoral, con el que no cuentan los partidos ya existentes; otra es que las leyes electorales no establecen barreras insalvables; en fin, otra es que falte representación de un sector social y los partidos existentes no se ocupen de una *issue* relevante porque temen perder electores con el cambio del programa (Kitschelt, 2011, p. 282).

Hay una segunda fase en que el movimiento-partido puede realizar el salto a la forma completa de partido. Señala Kitschelt (2011, p. 283) que hay diversas razones para ello. Por ejemplo, que la competición electoral por sí misma lleve al cambio, ya que el nuevo actor se debe adaptar a los procedimientos institucionales, abandonando la mera protesta y sustituyéndola por la negociación legislativa. También porque la vida parlamentaria le obliga a enfrentar cuestiones programáticas generales, por ejemplo, al tener que debatir presupuestos generales. Otra razón es que su electorado le lleve a desarrollar un comportamiento estratégico al formular su programa. El cambio a una estructura típica de partido es especialmente importante en el caso de que acceda al gobierno, pues es difícil mantener vivo el movimiento (de protesta) si no se está en la oposición.

La experiencia de los partidos ecologistas que han llegado al gobierno en diversos países europeos ha sido que los partidos han mantenido un bajo número de afiliados y han desarrollado un proceso de decisión de base participativa a veces volcada en recuperar la matriz de movimiento. Por los datos que hemos manejado más arriba, sabemos que los partidos ecologistas son los que tienen el porcentaje más bajo de afiliados de los partidos europeos, sólo 0.11% de votantes son militantes según Poguntke

et al. (2016, p. 668). Sin embargo, éstos han desarrollado una tendencia de creciente apoyo electoral a lo largo de las décadas analizadas gracias a su estrategia política, electoral y de comunicación (Spoon, 2012) y, en particular, por el realineamiento de los votantes de izquierda. En el caso español, el movimiento de protesta de izquierda (llamado 15M) ha dado paso al nuevo partido Podemos en 2015, pero el movimiento originario ha quedado desdibujado tras realizarse dos elecciones legislativas sucesivas por dificultades de gobernabilidad.

Fragmentación y polarización de los sistemas de partidos

Una cuestión trascendental en el análisis de los sistemas de partidos es la de la fragmentación, particularmente en los multipartidistas. La fragmentación se puede considerar como el grado en el que el apoyo electoral o la representación parlamentaria está dividida entre varios partidos. También da cuenta del grado en el que el poder político está disperso o concentrado. Para valorar adecuadamente la fragmentación de los sistemas de partidos se suele recurrir a diferentes índices, siendo el más generalizado el número efectivo de partidos (NEP) elaborado por Laakso y Taagepera que es el que utilizamos en la figura 2.

En general, la fragmentación de los sistemas de partidos se ha venido explicando a partir de los argumentos que acabamos de revisar. Entre ellos destaca el hecho de que el sistema electoral es un recurso institucional para controlar la fragmentación, pues es un mecanismo central en la ingeniería institucional (Sartori, 2003). En este sentido, es bien conocido el punto de vista de Duverger (1981) de que el sistema electoral proporcional produce fragmentación y multipartidismo; mientras que el sistema mayoritario, bipartidismo y estabilidad. Ahora bien, en muchos países con segmentación social se recurre al sistema proporcional para facilitar la integración de todos los grupos sociales y evitar que la exclusión produzca la formación de fuerzas antisistema, es decir, de fuerzas políticas cuyo objeto sea el cambio de un sistema que no les permite participar en el gobierno (Lijphart, 2000, p. 48). Éste también es el caso de la representación de partidos regionalistas

o nacionalistas en sistemas descentralizados, ya sean federales o con autonomía regional (Chhibber y Kollman, 2004). Con respecto a esta cuestión es importante destacar el análisis de Colomer (2003), que comprueba la existencia de una tendencia general hacia el multipartidismo en los sistemas democráticos y, en consecuencia, hacia el establecimiento de sistemas electorales de tipo proporcional, si bien en la realidad en Europa predominan los sistemas mixtos (Gallagher, Laver y Mair, 1995, p. 275).

La fragmentación de los sistemas de partidos tiene importantes efectos sobre la vida política de un país, pues cuanto mayor sea el número de partidos mayor será la complejidad y la complicación para la gobernabilidad del sistema político. Es evidente que cuanto mayor sea el número de partidos, mayores serán los costes de transacción y las posibilidades de estancamiento de las negociaciones de formación de gobierno y de la toma de decisiones. Un número alto de partidos tiende a limitar las posibilidades de apoyo a las propuestas legislativas del Ejecutivo, y el aumento del número de jugadores en una cámara reduce la capacidad de influencia de ésta como jugador colectivo (Tsebelis, 2006, p. 50).

Otro aspecto muy relevante en los cambios de los sistemas de partidos es el grado de polarización. La polarización según Sartori (1980, p. 161) es “el ámbito general del espectro ideológico de cualquier comunidad política” y se refiere a la distribución de los partidos en la dimensión de la ideología; es, por tanto, la distancia ideológica entre los partidos de un sistema. Si bien la polarización puede estar vinculada a la fragmentación, no existe una relación directa. Altos niveles de polarización se pueden encontrar tanto en sistemas muy fragmentados como poco fragmentados. Es, por tanto, una dimensión distinta de la fragmentación. Mide, de hecho, la diferenciación ideológica de los partidos de un sistema.

La polarización nos habla de la calidad del sistema de partidos. La polarización intensifica el debate ideológico y puede afectar la legitimidad y la estabilidad del sistema en el caso de que sea muy elevada, cuando existen partidos antisistema. Pero la polarización también es un indicador de la capacidad de evaluación por parte de los individuos de la actividad de los gobernantes desde la perspectiva ideológica y, si es alta, un mayor compromiso de los ciudadanos. Éste es el caso de los países nórdicos que en Europa

son los que tienen tradicionalmente un índice de polarización más alto y donde no hay partidos antisistema. Se puede decir que, aunque la elevada polarización suele llevar al conflicto político y a la protesta popular, también permite una mejor diferenciación de los partidos y una representación más perfecta del electorado (Wang, 2014, p. 689).

La polarización determina la naturaleza de la fragmentación y la competición partidista. Según Sartori (1980, p. 172) la fragmentación dificulta el funcionamiento de la democracia si (y sólo si) expresa la existencia de polarización, es decir, si se da un sistema de pluralismo polarizado. Éste se caracteriza por la existencia de partidos antisistema importantes, de oposiciones bilaterales mutuamente excluyentes que no pueden sumar sus fuerzas, también se promueve la competencia centrífuga, se desarrollan oposiciones irresponsables y surge una política de superoferta o de promesas excesivas típica del populismo. En el caso de que un sistema de partidos esté fragmentado con baja polarización, una democracia puede funcionar con estabilidad, pues esto refleja una sociedad segmentada que tiene una cultura política heterogénea. Pero si la competencia es centrífuga en un sistema de partidos fragmentado por la polarización, las coaliciones de gobierno son poco viables. Esto se comprueba al analizar la formación de coaliciones mediante modelos espaciales (Tsebelis, 2006, p. 284). En ellos se puede ver que la promoción o la inhabilitación de acuerdos políticos (en la formación de gobiernos) y legislativos (para aprobar las leyes) dependen de la polarización, ya que las mayores distancias ideológicas entre los partidos las dificultan.

La polarización se suele medir teniendo en cuenta las posiciones ideológicas expresadas en el *continuum* ideológico izquierda-derecha, que ha sido el eje estructurador de la ideología política tradicionalmente y es la base de lo que se conoce como *análisis espacial*. Con él se trata de diferenciar y situar a los partidos políticos en el espacio ideológico y de las políticas. La distinción ha sido criticada de distintas maneras, pues izquierda y derecha son conceptos teóricos que se configuran de una manera específica para cada país. De hecho, las mismas declaraciones pueden tener significados distintos en dicha escala según los países. Ésta también varía en cada país con el paso del tiempo. Además, hay países como Estados Unidos de

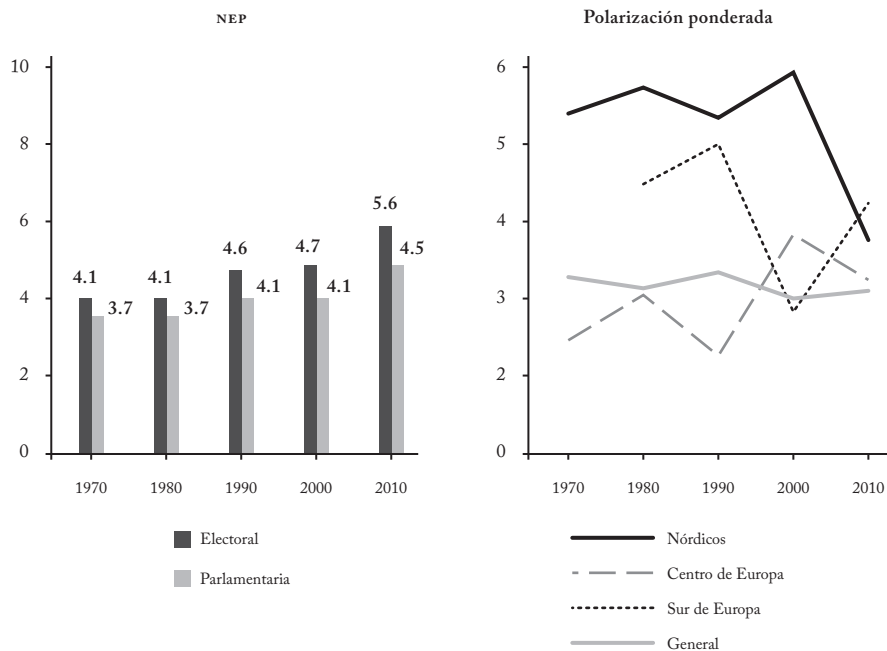
América, Japón, España o Irlanda donde hay otras dimensiones ideológicas tanto o más influyentes que la escala izquierda-derecha, es decir, que la multidimensionalidad está bastante extendida (Jahn, 2010, p. 760). En todo caso hay que considerar el espacio ideológico izquierda-derecha como un medio para simplificar los conflictos políticos y, para que resulte práctico, se ha de interpretar como una imagen de posición de los partidos, o sea, como una mera ordenación de éstos en un espacio de *competencia*, generalmente determinada por la dimensión socioeconómica. Tal perspectiva, que es la del estudio espacial de los partidos que aquí seguimos, tiene en cuenta todas las consideraciones anteriores sobre la distinción izquierda-derecha.

Las formas de considerar la distancia ideológica entre los partidos han sido, por un lado, atender las percepciones que tienen las élites (miembros del parlamento, académicos, etcétera) al respecto y, por otro, el análisis del contenido de las plataformas electorales. Para el análisis espacial de las ideologías se han construido diferentes índices (Jahn, 2010, p. 757) como son el *RILE index* (Mölder, 2016), el *Vanilla index* (Gabel y Huber, 2000), el índice desarrollado por Franzmann y Kaiser (2006) y el de Benoit y Laver (2006). En este trabajo, para mostrar los datos generales de Europa, tomamos como referencia el *Manifesto Project* (<https://manifesto-project.wzb.eu/>) que utiliza el *RILE index* y que analiza los programas de cada partido en cada elección mediante análisis de contenido.

Para medir la fragmentación, en este trabajo consideramos el número efectivo de partidos (NEP) que ha competido en las elecciones y el NEP parlamentario, que se refiere al número de partidos con escaño, ponderando su fuerza parlamentaria.

De los datos de la figura 3 se desprende que la fragmentación general en el conjunto de los países se ha ido incrementando a lo largo de las cinco décadas con una aceleración en el último periodo considerado, pasando la NEP electoral de 4.1 en las elecciones del periodo de 1970 a 5.6 en las del periodo actual.

Figura 3. Número efectivo de partidos y polarización en Europa occidental



Fuente: Elaboración propia con base en Webb, Farrel y Holliday (2002) y *Manifesto Project*.

En los sistemas de partidos europeos, que mayoritariamente tienen sistemas electorales proporcionales (aunque con ciertos mecanismos de corrección de la proporcionalidad), se han desarrollado sistemas multipartidistas en los que la fragmentación se ha ido acentuando con el tiempo. Es decir, el sistema electoral proporcional ha facilitado la constante entrada de nuevos partidos. Evidentemente, el aumento general de la fragmentación refleja el proceso de transformación de los sistemas de partidos en los que se expresa cada vez más diversidad de intereses; esto puede ser claramente expresivo del proceso de realineamiento por una ampliación de la representación de las fuerzas políticas y de la reducción del encapsulamiento de los electores en los partidos *catch-all*. Ello está conectado, lógicamente, con una mayor volatilidad, que permite la aparición de los nuevos partidos.

El NEP parlamentario sigue la tendencia del electoral, aunque lógicamente con valores menores. El NEP parlamentario ha pasado de 3.7 en 1970 y 1980 a 4.1 en 1990 y 2000 a 4.5 en 2010. Al ser los gobiernos europeos de origen parlamentario, el crecimiento del NEP parlamentario significa que se han incrementado los problemas de gobernabilidad porque se dificulta la formación de gobierno. Se tienden a formar cada vez más gobiernos de coalición (por bloques) o investir gobiernos minoritarios. Estos datos muestran que se ha acentuado la tendencia identificada por Gallagher, Laver y Mair (1995) a finales del siglo xx hacia la reducción del número de gobiernos mayoritarios, que en esta época ya suponían una minoría de sólo 11% de los gobiernos europeos.

Para estudiar la polarización de los sistemas de partidos europeos, en este trabajo recurrimos a la información que provee el *Manifesto Project*, aunque hay que señalar que ésta no recoge todas las elecciones posteriores a 2013, por lo que los datos del último periodo se refieren a los programas de partidos de las últimas elecciones celebradas antes de esa fecha (si se recogen los datos de las elecciones de 2015 en Grecia y España). Para analizar adecuadamente el nivel de polarización y evitar la distorsión que producen los partidos extremos pequeños, hemos ponderado la polarización teniendo en cuenta el peso de cada partido tras las elecciones. Para ello recurrimos al índice de polarización ponderada que incluye dos elementos: 1) la posición relativa de cada partido en la escala izquierda-derecha y 2) la importancia del partido a partir de su tamaño en términos parlamentarios (Wang, 2014, p. 690). Para esto tenemos en cuenta, de un lado, la caracterización del programa presentado en las elecciones que hace el *Manifesto Project* adaptando la cuantificación de Marpor a la escala señalada y, de otro, los resultados de las elecciones en porcentaje de votos de los partidos parlamentarios.

Las curvas de la figura 3 nos indican el nivel de *polarización ponderada* alcanzado en cada periodo electoral o, dicho en otros términos, el grado de rivalidad y competición programática existente en cada momento. Se puede observar que, en términos generales, la polarización ponderada de los sistemas de partidos europeos en conjunto (línea gris o general) no ha sido muy elevada, situándose en un rango entre 3 y 3.3 puntos sobre 10. Ha sido más alta en las elecciones en torno al año 1970 y menor en las que

se celebraron con el cambio de siglo. La polarización ha sido más elevada en los países nórdicos, en los que se ha situado entre 5 y 6 puntos en los periodos electorales entre 1970 y 2000, bajando dos puntos en las elecciones más recientes. Los países del centro de Europa tienen niveles de polarización más baja que la media. Los países del sur de Europa han tenido una polarización próxima a los 5 puntos, salvo en las elecciones que se celebraron en el cambio de siglo, en que ha bajado. Es destacable, por último, que en el gráfico se ve una confluencia en los niveles de polarización por parte de todos los países en las elecciones más recientes.

El hecho de no darse una polarización elevada pone de manifiesto que la intensidad del debate ideológico en Europa no es grande, y está más orientado por cuestiones concretas, y es aún menor en los países del centro de Europa que en el resto. Pone también de manifiesto que no está en juego la legitimidad de los sistemas políticos europeos y que los ciudadanos han desarrollado un proceso evaluativo medio de las políticas y programas de los partidos, lo que se corresponde por un lado con la existencia de un consenso de centro-izquierda (Ferrera, 2014) y con que la volatilidad electoral no supera valores de 16 % del electorado. También significa un peso relativo del conflicto y la protesta social, que tiene un alcance moderado, y que es acorde con el buen nivel de bienestar alcanzado por la vía de la política social. Desde la perspectiva de la competición partidista, estos niveles de polarización nos llevan a afirmar la existencia de un pluralismo moderado, es decir, no polarizado, en los sistemas de partidos europeos.

Conclusiones

Los sistemas de partidos están en permanente cambio. La naturaleza del cambio tiene dos facetas: una interna a los partidos, es decir, relativa al ámbito organizativo, y otra externa que se refiere al campo de la competición partidista. Los efectos de este cambio se manifiestan en la gobernabilidad del sistema político y se identifican principalmente por la participación, la volatilidad electoral, la fragmentación y la polarización de los partidos.

Son diversos los criterios teóricos desde los que se puede considerar el proceso del cambio. En principio es el análisis de los cambios sociales lo que explica las transformaciones. Así, influyen de manera relevante: el debilitamiento de los *cleavages* y de la identidad partidista tradicional, la aparición de nuevas cuestiones políticas (*issues*) y la presión de los nuevos movimientos sociales, todo ello promueve y facilita el realineamiento de los votantes. También hay que tener en cuenta la transformación de los partidos que a finales del siglo xx han dejado el formato de partidos atrapa-todo (*catch all*) y están más orientados a la competición por los electores que a la incorporación de nuevos afiliados. Esto último afecta de manera específica al ámbito organizativo de los partidos, ya que éstos tienden a profesionalizarse como agencias de intermediación política.

En Europa este proceso de cambio es evidente si se consideran los datos de apoyo electoral a lo largo de medio siglo, donde se ve claramente una reducción del apoyo a los partidos más antiguos, especialmente a la socialdemocracia. Se está produciendo un realineamiento del electorado que se caracteriza por el aumento del número de electores libres de vínculos identitarios permanentes. Esto es lo que nos muestra la caída de las tasas de participación electoral y la elevación de la volatilidad electoral. También es llamativa la reducción de la militancia en los partidos. Finalmente, en Europa se ha producido un incremento del número de partidos que compiten electoralmente, pero no se ha dado un proceso paralelo de incremento de la polarización, lo que significa que el formato dominante es el de multipartidismo moderado.



Fuentes de consulta

- Aldrich, John H. (2012). *¿Por qué los partidos políticos? Una segunda Mirada*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas.
- Bardi, Luciano; Bartolini, Stefano; y Trechsel, Alexander (2014). “Party Adaptation and Change and the Crisis of Democracy”. *Party Politics*, 20 (2), 151-159.
- Benoit, Kenneth y Laver, Michael (2006). *Party Policy in Modern Democracies*. Nueva York: Routledge.
- Carreras, Miguel; Morgenstern, Scott; y Su, Yen-Pin (2015). “Refining the Theory of Partisan Alignments: Evidence from Latin America”. *Party Politics*, 21 (5), 671-685.
- Chhibber, Pradeep y Kollman, Ken (2004). *The Formation of National Party Systems: Federalism and Party Competition in Canada, Great Britain, India, and the United States*. Princeton University Press.
- Colomer, José M. (2003). “Son los partidos los que eligen los sistemas electorales (o las leyes de Duverger cabeza abajo)”. *Revista Española de Ciencia Política*, 9, 39-63.
- Crotty, William (2011). “Party Transformations: The United States and Western Europe”. Richard S. Katz y William Crotty (Eds.), *Handbook of Party Politics* (pp. 499-514). Londres: Sage.
- Duverger, Maurice (1981). *Los partidos políticos*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ferrera, Maurizio (2014). “Ideology, Parties and Social Politics in Europe”. *West European Politics*, 37 (2), 420-438.
- Franklin, Mark N. (2002). “The Dynamics of Electoral Participation”. Lawrence LeDuc, Richard G. Niemi y Pippa Norris (Eds.), *Comparing Democracies 2* (pp. 148-168). Londres: Sage.
- Franzmann, Simon y Kaiser, André (2006). “Locating Political Parties in Policy Space. A Reanalysis of Party Manifesto Data”. *Party Politics*, 12 (2), 163-188.
- Gabel, Matthew J. y Huber, John D. (2000). “Putting Parties in Their Place: Inferring Party Left-Right Ideological Positions from Party Manifestos Data”. *American Journal of Political Science*, 44 (1), 94-103.

- Gallagher, Michael; Laver, Michael; y Mair, Peter (1995). *Representative Government in Modern Europe*. McGraw-Hill.
- García-Pelayo, Manuel (1986). *El Estado de partidos*. Madrid: Alianza.
- Inglehart, Ronald (1987). "Value Change in Industrial Societies". *American Political Science Review*, 81 (4), 289-303.
- Jahn, Detlef (2010). "Conceptualizing Left and Right in Comparative Politics: Towards a Deductive Approach". *Party Politics*, 17 (6), 745-765.
- Katz, Richard y Mair, Peter (2007). "La supremacía del partido en las instituciones públicas: el cambio organizativo de los partidos en las democracias contemporáneas". En Jose Ramón Montero, Richard Gunther y Juan Linz (Eds.), *Partidos políticos* (pp. 101-126). Madrid: Trotta / Fundación Alonso Martín Escudero.
- Keman, Hans (2014). "Democratic Performance of Parties and Legitimacy in Europe". *West European Politics*, 37 (2), 309-330.
- Kitschelt, Herbert (2011). "Movement Parties". En Richard S. Katz y William Crotty (Eds.), *Handbook of Party Politics* (pp. 278-290). Londres: Sage.
- Koole, Ruud (1996). "Cadre, Catch-All or Cartel? A Comment on the Notion of the Cartel Party". *Party Politics*, 2 (4), 507-523.
- Kriesi, Hanspeter (2014). "The Populist Challenge". *West European Politics*, 37 (2), 361-378.
- Lago, Ignacio y Martínez, Ferran (2011). "Why New Parties?". *Party Politics*, 17 (1), 3-20.
- Lijphart, Arendt (2000). *Modelos de democracia*. Barcelona: Ariel.
- Lipset, Seymour M. y Rokkan, Stein (1967). "Cleavage Structures, Party Systems, and Voter Alignments: An Introduction". En S. Lipset y S. Rokkan (Eds.), *Party Systems and Voter Alignments: Cross-National Perspectives* (pp. 1-64). Nueva York: Free Press.
- Litton, Krystyna (2015). "Party Novelty: Conceptualization and Measurement of Party Change". *Party Politics*, 21 (5), 712-725.
- Mair, Peter (1998). *Party System Change: Approaches and Interpretations*. Oxford: Oxford University Press.
- Mair, Peter (2011). "Party System Change". En Richard S. Katz y William Crotty (Eds.), *Handbook of Party Politics* (pp. 63-74). Londres: Sage.

- Mair, Peter; Muller, Wolfgang C.; y Plasser, Fritz (2004). *Political Parties and Electoral Change*. Londres: Sage.
- Manifesto Project*. Sitio web: <http://manifesto-project.wzb.eu>
- Meguid, Bonnie (2005). “Competition between Unequals: The Role of Mainstream Party Strategy in Niche Party Success”. *The American Political Science Review*, 99 (3), 347-359.
- Meguid, Bonnie (2008). *Party Competition between Unequals: Strategies and Electoral Fortunes in Western Europe*. Cambridge University Press.
- Mella, Manuel (2012). “Los sistemas de partidos”. En Miguel Martínez Cuadrado y Manuel Mella, *Partidos políticos y sistemas de partidos* (pp. 181-206). Madrid: Trotta.
- Miller, William L. y Niemi, Richard G. (2002). “Voting, Choice, Conditioning, and Constraint”. En Lawrence LeDuc, Richard, G. Niemi y Pippa Norris (Eds.), *Comparing Democracies 2* (pp. 169-189). Londres: Sage.
- Mölder, Martin (2016). “The Validity of the RILE Left-Right Index as a Measure of Party Policy”. *Party Politics*, 22 (1), 37-48.
- Montero, Jose Ramón y Gunther, Richard (2007). “Introducción: los estudios sobre los partidos”. En José Ramón Montero, Richard Gunther y Juan Linz (Eds.), *Partidos políticos* (pp. 15-48). Madrid: Trotta / Fundación Alonso Martín Escudero.
- Phule, Hans-Jurgen (2007). “Crisis y cambios de los partidos *catch-all*”. En José Ramón Montero, Richard Gunther y Juan Linz (Eds.), *Partidos políticos* (pp. 71-100). Madrid: Trotta / Fundación Alonso Martín Escudero.
- Poguntke, Thomas *et al.* (2016). “Party Rules, Party Resources and the Politics of Parliamentary Democracies: How Parties Organize in the 21st Century”. *Party Politics*, 22 (6), 661-678.
- Porta, Donatella Della y Diani, Mario (2011). *Los movimientos sociales*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas / Editorial Complutense.
- Safran, William (2009). “The Catch-All Party Revisited”. *Party Politics*, 15 (5), 543-554.
- Sánchez de Dios, Manuel (2012). “Las funciones de los partidos”. En Miguel Martínez Cuadrado y Manuel Mella, *Partidos políticos y sistemas de partidos* (pp. 81-120). Madrid: Trotta.
- Sartori, Giovanni (1980). *Partidos y sistema de partidos*. Madrid: Alianza.

- Sartori, Giovanni (2003). *Ingeniería constitucional comparada*. Madrid: Alianza.
- Sikk, Allan (2011). “Newness as a Winning Formula for New Political Parties”. *Party Politics* 18 (4), 465-486.
- Spoon, Jae-Jae (2012). *Political Survival of Small Parties in Europe*. University of Michigan Press.
- Thomassen, Jacques y Van Ham, Carolien (2014). “Failing Political Representation or a Change in Kind? Models of Representation and Empirical Trends in Europe”. *West European Politics*, 37 (2), 400-419.
- Tsebelis, George (2006). *Jugadores con veto*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Van Biezen, Ingrid y Poguntke, Thomas (2014). “The Decline of Membership-Based Politics”. *Party Politics*, 20 (2), 205-216.
- Wang, Ching-Hsing (2014). “The Effects of Party Fractionalization and Party Polarization on Democracy”. *Party Politics*, 20 (5), 687-699.
- Webb, Paul (2002a). “Conclusion: Political Parties and Democratic Control in Advanced Industrial Societies”. En Paul Webb, David Farrell y Ian Holliday (Eds.), *Political Parties in Advanced Industrial Democracies* (pp. 438-461). Oxford University Press.
- Webb, Paul (2002b). “Introduction: Political Parties in Advanced Industrial Democracies”. En Paul Webb, Ian Holliday y David Farrell (Eds.), *Political Parties in Advanced Industrial Democracies* (pp. 1-16). Oxford University Press.
- Webb, Paul; Farrell, David; y Holliday, Ian (Eds.) (2002). *Political Parties in Advanced Industrial Democracies*. Oxford: Oxford University Press.
- Wolinetz, Steven B. (1991). “Party System Change: The Catch-All Thesis Revisited”. *West European Politics*, 14 (1), 113-128.
- Wren, Anne y McElwain, Kennett M. (2007). “Voters and Parties”. En Carles Boix y Susan C. Stokes, *The Oxford Handbook of Comparative Politics* (pp. 555-581). Oxford University Press.